



Tener voz

Una de las cuestiones centrales que caracteriza a un régimen democrático es la posibilidad que tienen los ciudadanos no solo de tener opinión sobre lo que ocurre en su país sino de que esa opinión pueda influenciar, y eventualmente decidir, el curso de los acontecimientos.

En las democracias modernas, como expresión de sociedades complejas, esta influencia y eventual decisión se produce a través de organismos de intermediación que han recibido el nombre de partidos políticos.

En el Perú, sin embargo, luego de que se produjera la crisis de los partidos políticos esta función la ha pasado a cumplir el caudillo de turno que escucha, es decir, recibe la influencia de un pequeño número de escogidos con intereses específicos, que poco tienen que hacer con el voto popular: los tecnócratas de los organismos multilaterales, los grandes empresarios, los militares, los gobiernos de los Estados Unidos y quizás el del Japón, etc. Esos parecen ser los que tienen voz.

Otros intereses, llámense trabajadores, desocupados, informales, provincianos, campesinos, amas de casa o estudiantes, difícilmente se han hecho oír en estos años. La voz se ha calificado, ha habido que ser limeño, blanco con plata y parecer experto en determinada economía o administración de empresas para que a uno lo tomen en cuenta. Una característica sola no era suficiente, casi había que tenerlas todas.

Pero la semana pasada sucedió algo insólito. El Presidente de la CONFIEP, Manuel Sotomayor, que parece pertenecer a la segunda categoría descrita, y además es el líder de uno de los grupos de apoyo más importantes del fujimorismo, me refiero a los grandes empresarios, le dijo al gobierno que su política económica estaba mal. ¡Horror! Y sobre todo viniendo de Sotomayor que se suponía había sido la carta (ganadora) del

gobierno en las últimas elecciones de CONFIEP. Se dice que la protesta del gran empresariado se debe a que les han tocado el bolsillo, pero no seamos mezquinos, todos saltamos cuando nos tocan el bolsillo. Por algo se empieza.

¿Qué ha pasado en realidad? Pues que Sotomayor y la CONFIEP han dicho lo que muchos, que no tienen voz, vienen diciendo desde hace años, y hoy lo dice, de repente, alguien que sí tiene voz. Inmediatamente se tropiezan ministros y funcionarios para responderle, se dan conferencias de prensa y se ofrecen alternativas de solución. Por más que, y así parecen serlo, estas soluciones no solucionen nada, nunca se ha atendido con tanto bombo las demandas de, por ejemplo, los trabajadores.

No podemos decir que la CGTP no haya hecho muchos esfuerzos, sobre todo en los últimos tiempos, para hacerse oír. Las marchas más importantes, de la mano con los estudiantes y la oposición democrática, las ha organizado la CGTP. Igual sucede con el pueblo de Iquitos, que para hacerse oír tuvo que movilizarse de manera, desafortunadamente, violenta. Pero se trata de los que no deben tener voz, de los que se supone están borrados de la escena política. No les queda entonces otra salida que gritar más fuerte.

De todas formas es bueno el ensayo de CONFIEP. Ojalá nomás que no tomen esto como la prerrogativa que les da el privilegio de tener voz. Ojalá que comprendan que otros peruanos también deberían tener voz, para, de esta manera, poder reconstruir junto la democracia en el Perú.

La prudencia, sin embargo, aconseja a no dejarse llevar mucho por la sinceridad de estas protestas empresariales. Todavía el lenguaje es críptico, quizás no queriendo romper con un modelo económico que alguien les ha vendido como el mejor, paradójicamente para sus bolsillos. Quizás sus bolsillos tengan que sufrir más.